

—Tal vez Fernando, no queriendo adherirse á nuestra causa, se encuentra entre los soldados que defienden al Virrey, y entonces podré estrecharlo entre mis brazos y acaso persuadirlo á unirse con nosotros.

Y el joven recalcaba la pronunciación sobre la palabra "nosotros," con una sonrisita de orgullo y satisfacción muy disculpable á su edad, por la prueba de confianza con que se veía honrado.

Pero mucho debió amedrentar á los habitantes de Celaya la intimación del Cura Hidalgo, porque al momento depusieron su aspecto hostil y la ciudad fué ocupada en buen orden por las tropas americanas.



## CAPITULO XI

### LO QUE VALÍA LA CABEZA DE HIDALGO.

Un rayo fué para el Virrey Venegas la noticia de la insurrección de Hidalgo. Conoció desde luego que aquel grito de libertad, lanzado desde el rincón de un pueblo miserable, por un modesto párroco, había encontrado un eco de música en todos los corazones de los buenos mexicanos. Hombre previsor y acostumbrado á conocer á primera vista las grandes catástrofes políticas por sólo sus anuncios, comprendió que estaba perdido completamente, porque la debilidad ó la ceguera de sus predecesores en el virreinato habían preparado aquellos sucesos, que tarde ó temprano debían ser



coronados del éxito deseado. Pero si Venegas valía poco como general, no sucedía lo mismo como hombre político. Contaba, por otra parte, en su apoyo, con la costumbre de la dominación y los lazos de familia que unían con dulces vínculos á una gran parte de españoles y americanos, con el influjo del clero y las clases privilegiadas, y en fin, con el mismo sublime atrevimiento de aquella empresa gigantesca de Hidalgo.

De manera que, comprendiendo que la actividad podría tal vez conjurar aquella terrible tempestad que rugía sordamente en lontananza, amenazando destruirlo todo en su justo enojo, tanto tiempo comprimido, determinó luchar hasta el último momento, no perdonando medio de ninguna clase para conseguir su fin.

Así es que el día 25 de septiembre, mientras el ejército insurgente se dirigía sobre la ciudad de Guanajuato, hacía proclamar á son de música y fijar en todas las esquinas de la capital de la Nueva España, el siguiente bando que los vecinos aterrORIZADOS leían con júbilo interior:

(1) "D Francisco J. Venegas de Saavedra Rodríguez de Arenzana, Giiemez, Mora,

(1) Todos estos documentos y los que siguen son originales, y los hemos tomado fielmente del "Diario de México," que tenemos á la vista.

Pacheco, Daza y Maldonado, Caballero de la orden de Calatrava, Teniente General de los Reales Ejércitos, Virrey, Gobernador y Capitán General de esta Nueva España, etc.

Los inauditos y escandalosos atentados que han cometido y continúan cometiendo el Cura de los Dolores, Dr. Don Miguel Hidalgo, y los Capitanes del regimiento de Dragones provinciales de la Reina, Don Ignacio Allende y Don Juan Aldama, que después de haber reducido á los incautos vecinos de dicho pueblo, los han llevado tumultuariamente y en forma de asonada, primero á la villa de San Miguel el Grande y sucesivamente á la villa de Chamacuero, á la ciudad de Celaya y al valle de Salamanca, haciendo en todos estos parajes la más infame ostentación de su inmoralidad y perversas costumbres, robando y saqueando las casas de los vecinos más honrados para saciar su vil codicia, y profanando con ignales insultos los claustros religiosos y los lugares más sagrados: me han puesto en la necesidad de tomar prontas, eficaces y oportunas providencias para contenerlos y corregirlos, y de enviar tropas escogidas al cargo de jefes y oficiales de muy acreditado valor, pericia militar, fidelidad y patriotismo, que sabrán arrollarlos y destruirlos con todos sus secuaces, si se atreven á esperarlos



y no toman antes el único recurso que  
 les queda, de una fuga precipitada para  
 librarse del brazo terrible de la justicia,  
 que habrá de descargar sobre ellos toda  
 la severidad y rigor de las leyes, como  
 corresponde á la enormidad de sus deli-  
 tos, no sólo para imponerles el castigo  
 que merecen como alborotadores de la  
 quietud pública, sino también para vin-  
 dicar á los fidelísimos españoles y ameri-  
 canos de este afortunado reino, cuya re-  
 putación, honor y lealtad inmaculada han  
 intentado manchar osadamente, querien-  
 do aparecer una causa común contra  
 sus amados hermanos los europeos, y lle-  
 gando hasta el sacrílego medio de va-  
 lerse de la sacrosanta imagen de la Vir-  
 gen de Guadalupe, patrona y protectora  
 de este reino, para deslumbrar á los in-  
 cautos con esta apariencia de religión,  
 siquiere no es otra cosa que la hipocresía  
 impudente.  
 Y como puede suceder que arredrados  
 de sus crímenes y espantados con sólo la  
 noticia de las tropas enviadas para per-  
 seguirlos, se divaguen por otras poblacio-  
 nes, haciendo iguales pillajes y atentan-  
 do contra la vida de sus mismos paisanos,  
 como lo hicieron en el citado pueblo,  
 dando inhumanamente la muerte á dos  
 americanos y mutilando en San Miguel el  
 Grande á otro, por que fieles á sus debe-  
 res, no quisieron seguir su facción per-

versa; he tenido por oportuno que se co-  
 munique este aviso á todas las ciudades,  
 villas, pueblos, reducciones, haciendas y  
 rancherías de este reino, para que todos  
 se preparen contra la sorpresa de esos  
 bandidos tumultuarios y se dispongan á  
 rechazarlos por la fuerza, procurando su  
 aprehensión en cualquier paraje donde  
 pueda conseguirse, en el concepto de que  
 á los que verificaren la de los tres princi-  
 pales cabecillas de la facción, ó les die-  
 ren la muerte que tan justamente mere-  
 cen por sus horrorosos delitos, se les gra-  
 tificará con la cantidad de diez mil pesos  
 inmediatamente y se les distinguirá con  
 los demás premios y distinciones debidas  
 á los restauradores del sosiego público, y  
 en inteligencia de que se dará también  
 igual premio y recompensará con el in-  
 dulto de su complicidad á cualquiera que  
 desgraciadamente los haya seguido en su  
 partido faccionario y arrepentido loable-  
 mente, los entregue vivos ó muertos.

“Y para que llegue á noticia de todos,  
 mando que publicado por bando en esta  
 capital, se circulen con toda prontitud y  
 con los mismos fines, los correspondien-  
 tes ejemplares á los tribunales, magis-  
 trados, jefes y ministros á quienes toque  
 su promulgación, inteligencia y cumpli-  
 miento.

“Dado en el Real Palacio de México, á  
 27 de septiembre de 1810.—Francisco Ja-



vier Venegas.—Por mandado de S. E.— José Ignacio Negreiros y Soria.”

Como se ve, Venegas era demasiado astuto, y después de haber pintado con los colores más negros á Hidalgo y á los suyos, echándoles en cara el haber dado muerte á dos americanos, número considerable en una guerra que comenzaba y que se podía considerar como de castas, procuraba aterrorizarlos, haciéndoles cuenta de las numerosas tropas que había enviado, en efecto, á batirlos.

Excitaba, además, la codicia y estimulaba la traición, ofreciendo una suma considerable por sus cabezas; con su misma política sagaz y previsora, hacía aparecer aquel levantamiento como un ataque igualmente terrible á la vida y bienes de españoles y mexicanos y no como una causa que trataba de hacer independientes de los primeros á los segundos.

Pero esta vez la sagacidad de Venegas se había estrellado contra la justicia de una causa tan noble; porque si bien los mexicanos temían los horribos estragos de una guerra, no por eso dejaban en el fondo de su corazón y en el silencio de la noche, cuando no podían temer que sus pensamientos se revelasen en su rostro, ó se tradujese por una palabra, de la que inmediatamente se anoderaría el viento de la calumnia y del espionaje que se había establecido, para llevarla á

los oídos del Virrey ó de la Inquisición, de adherirse á una causa que era la suya necesariamente.

Mientras esto pasaba en la capital de la Nueva España, otros acontecimientos tenían lugar en la ciudad de Guanajuato.

Sabedor el Intendente de la provincia, Riaño, de que el ejército insurgente avanzaba y se dirigía sobre la ciudad, hizo publicar un bando, á fin de hacer saber al pueblo lo que pasaba y excitarle á que contribuyese á la defensa de la ciudad, ayudando á trabajar en las fortificaciones que á toda prisa se iban á construir.

El pueblo supo, con indiferencia y aun con alegría lo que había pasado pocas noches antes en el pueblo de Dolores, y tal vez desde ese momento se preparó para hacer lo contrario de lo que el Intendente ordenaba.

Era el Intendente Riaño uno de esos hombres grandes verdaderamente; que no comprenden ni admiten más nobleza que la del corazón y la honradez, uno de esos hombres que se dejarían hacer pedazos por sostener un punto de honor, intransigibles con el vicio, fieles á sus principios, humano y tolerante con los criminales á pesar de su acendrada virtud y su carácter severo.

El mundo levanta estatuas ó conserva los nombres de los hombres de genio, aunque les haya dejado morir en la des-



gracia; pero á menudo se olvida de esos hombres ejemplares, que por su honradez y sus virtudes sociales bien merecían ambas cosas.

Riaño, antiguo amigo de Hidalgo, republicano por instintos, puesto que aborrecía la tiranía y despreciaba las ridiculas pretensiones de la aristocracia de oropel de esa época; no pudo menos de regocijarse interiormente de la proclamación de la más justa de las causas; pero como magistrado íntegro y caballero á toda prueba, le correspondía sostener á un gobierno cuyo pan había comido; por más que este gobierno fuese tiránico: así es que se apresuró á reunir el cabildo y las autoridades eclesiásticas, que en aquella época intervenían sin correspondérselos en todos los negocios de la política, para participarles la resolución que había tomado de fortificar la ciudad lo mejor posible, á fin de resistir mejor en ella á los asaltos y dirigir en persona la defensa, pues no había ya otro recurso que tomar, en atención á la premura del tiempo, mientras llegaban los recursos que había solicitado ya del Virrey y del Comandante de San Luis Potosí, Don Félix María Calleja.

Pero las personas que lo escuchaban, la mayor parte hombres acudados, atendiendo más á su interés personal que al público, expusieron á Riaño, á nombre

de éste, que debía procurar, ante todo, poner en salvo sus personas y sus bienes, para lo cual les debía encerrar en un edificio vasto, como la Alhóndiga de Granaditas y defenderlos hasta el último momento.

Este proyecto absurdo, dictado sólo por la conveniencia y la codicia, vino á hacer patente á Riaño, que estaba perdido; pero tal vez se alegró interiormente de ver castigados por su misma mediocidad á aquellos á quienes había querido defender á su pesar. Así es que después de hacer justas objeciones á tan extravagante petición, tuvo que acceder á ella, para no hacer creer lo contrario de lo que con nobleza ejecutaba, ordenó que las barras de plata, el azogue de las minas, todos los víveres, armas y hombres que se pudieran reunir, fueran trasladados al sitio que se le había designado.

El viernes 28, á las doce del día se presentaron en la calle de Belén unos hombres que traían una bandera blanca. Eran el Coronel del ejército de Hidalgo, Don Mariano Abasolo, el Teniente Coronel Don Ignacio Camargo, y un joven alto, delgado, que representaba tener veinte años á lo más, llevando sobre su traje de paisano las insignias de capitán; acompañábanlos dos Dragones del Regimiento de la Reina. Pidieron ser llevados



á la presencia del Intendente, y luego que ante él se hallaron, entregaron un papel que de parte del Hidalgo traían. Leyólo el Intendente con notable emoción. Era una intimación que el Cura de Dolores le hacía, para que depusiese las armas y entrase en arreglos pacíficos, á fin de evitar el derramamiento de sangre que inevitablemente tendría lugar si persistía en defender la injusta causa de la dominación europea.

—Digán Udes. á mi caro amigo el Cura Hidalgo, dijo el Intendente muy pálido, guardando el papel que los oficiales le acababan de entregar, que no necesito ni pensar ni vacilar en la respuesta, porque mi resolución es vencer ó perecer, aunque esta ciudad sea convertida en escombros.

Y saludándoles cortesmente, se volvió de espaldas para dictar sus últimas disposiciones de defensa.

Los oficiales insurgentes no pudieron menos de inclinarse ante un valor y una firmeza tan notables, en medio de una muerte casi segura.

El más joven abrió tamaños ojos de sorpresa, murmurando:

—¡Diablo! tiene el señor Intendente en este momento más energía que yo cuando fui á proponer á los soldados insurreccionarse en el pueblo de Dolores hace pocas noches.

Y se retiraron silenciosos y preocupados.

La Alhóndiga de Granaditas, aunque el único por su extensión, era el peor punto por su posición, que se podía haber escogido para una defensa. Dominada por los cerros del "Quarto" y del "Venado," situada en medio de la hacienda de Dolores y de la calzada de las "Carreteras," defendida por una corta fuerza que veía con terror el populacho, sentado tranquilamente en las calles y azoteas, sin ofrecer su auxilio ni ofreciéndole poca fuerza, y como esperando la llegada del ejército asaltante para unirse á él y aprovecharse de su victoria con el saqueo; no debía de resistir mucho tiempo.

Sin embargo, el Intendente Riaño recorría todas las fortificaciones exhortando y animando á los soldados á la defensa, conduciendo él mismo armas y víveres á donde se necesitaban, vigilando los últimos trabajos que se ejecutaban y dando él mismo con su serenidad ejemplo á su tropa; compuesta la mayor parte de españoles particulares acudidos de la ciudad, que comprendiendo que corrían el peligro de perder su vida, trataban de venderla lo más caro posible y resistir hasta el último momento.

A las dos de la tarde, una turba de quince mil hombres que componía poco más ó menos el ejército de Hidalgo, ar-



mada de palos, hondas, flechas, espadas y algunos fusiles, se precipitó como una avalancha desde la altura de los cerros del Cuarto y del Venado, sobre la hacienda de Dolores y la Alhóndiga, que semejando un monstruo gigantesco que vomitaba llamas y plomo por su boca, ojos y narices, hacía estragos horribos sobre aquella masa indisciplinada, que ó no comprendía el peligro ó lo despreciaba osadamente. La necesidad hizo inventar á los sitiados un nuevo género de proyectil; los tubos de ferro que contienen el azogue, fueron por medio de la pólvora, convertidos en una especie de rayo, que despedazaba montones de asaltantes.

¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Mueran los españoles! gritaban unos precipitándose frenéticos sobre aquella fortaleza que parecía contener hombres de fierro.  
— ¡Viva España! ¡Muera á los traidores! aullaban otros, defendiéndose con el aliento terrible de la desesperación.

Y aquellos hombres delirantes por la cólera, embriagados por el olor de la sangre y de la pólvora, irritados al ver morir á sus hermanos, se amenazaban convirtiéndose de hombres en gigantes, profiriendo gritos de odio, de impotencia, de resentimiento, al no poder juntarse para combatir cuerpo á cuerpo, para

golpearse con los puños, para morderse á la cara y beber la sangre caliente de sus contrarios, después de haberles matado. Dos sentimientos profundos movían á aquellos hombres á una lucha tan espantosa; en unos el instinto de la propia conservación y el resentimiento del orgullo ofendido y el amor á su patria; en los otros, la venganza de afrentas de tres siglos; la codicia de poseer los inmensos caudales que dentro aquella fortaleza suponían naturalmente encerrados, y el deseo de su Independencia.

Las piedras que el populacho que como es de suponerse, se había unido á los soldados de Hidalgo, arrojaba, formaban una verdadera nube encima de las cabezas de los combatientes é iban á estrellarse con una fuerza terrible contra las puertas y ventanas de aquel impasible edificio, causando no pocos estragos en sus serenos defensores.

Un joven, jinete en un caballo de color claro, que lo exponía como blanco á los tiros de los sitiados; el mismo que acompañaba hace poco á Abasolo, conduciendo la intimación de Hidalgo y á quien nuestros lectores habrán conocido probablemente, por ser Gil Gómez, corría de un lugar á otro, exponiéndose á mil peligros en un solo minuto, para llevar las órdenes que dictaba Hidalgo tranquilamente, en medio de un grupo



formado por algunos jefes y poniéndos él mismo á la cabeza de las columnas para dirigir las, ganando terreno á cada instante, hasta encontrarse al pie de la fortaleza.

Pero las horas pasaban, la mortandad en las filas de los insurgentes era horrorosa, y era preciso tomar un partido; penetrar en aquella impasible fortaleza y diezmar á sus heroicos defensores, que parecían resueltos á morir entre sus escombros antes que rendirse; hombres de fierro, en quienes la muerte no hacía mella, puesto que mientras más disminuía su número, más aumentaba su resistencia.

Peró era una empresa tan difícil la de salvar el peñeño, foso que se encontraba delante de la puerta para llegar á ella, que muchos que ya lo habían intentado, habían caído despedazados en mil fragmentos al dar el primer paso, por el número innumerable de proyectiles que vomitaba aquel monstruo de piedra, y formaba un círculo terrible que impedía acercarse.

—Sin embargo, un hombre resuelto podía brincar el foso y llegar á la puerta, con una probabilidad de escapar de uno contra noventa y nueve; los demás seguían su ejemplo y todo estaba concluido; pero ¿dónde hallar un hombre tan deseoso de morir?

Hidalgo recorrió con la vista las diferentes columnas que componían su ejército, y vió á Gil Gómez sobre su caballo claro, coniendo en todas direcciones para alentar á los asaltantes á avanzar; un pensamiento cruzó por su imaginación é iba á hacerle venir; pero en el poco tiempo que aquel joven militaba bajo sus órdenes, había despertado en el corazón del anciano un cariño verdaderamente paternal y temió exponerle á una muerte casi cierta.

Volvió á lanzar sus penetrantes miradas á través de la nube de humo, piedras y hombres, y las detuvo en un lugar.

Parecía haber encontrado lo que buscaba, porque una sonrisa de melancólica satisfacción erró por sus labios.

En uno de los puntos más desamparados y más expuestos á los fuegos del bastión, había un hombre de estatura elevada y hercúleas formas, que con su ejemplo, su estentórea voz y sus movimientos atraía detrás de sí á un grupo de insurgentes, y avanzaba seguido de ellos ganando más y más terreno.

Hidalgo se acercó y le dijo:

—Pipila.

—Mande su merced, señor Cura, respondió el designado por este nombre, quitándose respetuosamente su viejo sombrero de paja.

—La patria necesita de tu valor.



—¿Qué es necesario hacer para servirla?

—¿Te atreverás á prender fuego á la puerta de la Alhóndiga?, interrogó el americano, viéndole fijamente á la cara, para medir el grado de espanto que semejante proposición debía causarle.

—Eso y mucho más si su merced quiere, respondió el hercúleo insurgente sin inmutarse y sin vacilar á la vista de un peligro tan inminente.

—Pues ahora mismo; ¿qué es lo que necesitáis?

—Solamente una tea y esta losa, respondió el imperturbable paisano, inclinándose á levantar del suelo una gran losa de esas que tanto abundan en Guajuato, para cubrir su cuerpo.

—Pues ve, Pipila, que la patria te espera, dijo Hidalgo para animarle.

Y entonces el insurgente, cubriendo su cuerpo con la losa que sostenía con su mano izquierda, mientras que en la derecha llevaba una tea encendida, se deslizó á gatas, hasta el punto terrible de cuyos límites nadie había podido pasar.

Fué tan profunda la sorpresa de los asaltantes, que hubo un momento casi de silencio en el campo, en el que se suspendió el fuego para ver el resultado de aquella maniobra atrevida.

Pero una Providencia pareció proteger al atrevido insurgente, pues pasó sano y

salvo en medio de los proyectiles que le arrojaban: ya llegaba á la puerta cuando un enorme pedruzco, desprendido por varios hombres desde la altura, cayó sobre él; un grito unánime de los que contemplaban fué la plegaria más elocuente que pudo llegar á los oídos de Pipila, que había sido apachurrado como un insecto bajo el pie; pero al cabo de dos segundos se levantó dando un brinco y saludando á sus compañeros, como lo hacen los toreros que después de haberse hallado entre los cuernos del toro han tenido la fortuna de escapar de ellos vivos.

El peso del pedruzco había dado con él en tierra, en efecto; pero habiendo deslizado á lo largo de la losa con que cubría su cuerpo, no le había causado ningún daño. Entonces, protegido por las mismas murallas de la Alhóndiga, se acercó á la puerta, y con una calma digna del hombre que hasta allí acababa de llegar, aplicó la tea á ella, hasta que la madera algo retusta comenzó á ardersse.

Un joven salvó de un brinco en su caballo la distancia que mediaba entre la puerta y los asaltantes, gritando: ¡Viva Hidalgo! ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Viva la América!

La multitud se precipitó detrás de Gil Gómez, aullando verdaderamente los gritos que acababa de proferir.

La puerta medio incendiada, cedió á los



esfuerzos de los asaltantes, dándoles paso al interior de la fortaleza.

Lo que entonces pasó es imposible de describir.

Durante dos horas mortales, no se oyeron más que gritos de furor, aullidos de desesperación, gemidos de dolor, choques de espadas, tiros, golpes sordos, acompañados de un segundo ruido semejante al de un cuerpo humano al caer, imprecaciones de rabia,

Hidalgo quiso hacer oír su voz para contener aquella matanza; pero su acento se perdió entre el estruendo de los enfurecidos combatientes, y recorría delirante los salones para descubrir al Intendente y salvarlo haciendo cuantos esfuerzos le fueren posibles.

Pero aquellos hombres de ambas partes se habían encarnizado y era preciso matar ó morir; así es que ni la autoridad del anciano fué respetada.

Corrió detrás de un grupo que se dirigía á una pieza situada al extremo de una galería: un centinela que la custodiaba, cayó muerto de un balazo. Entonces un hombre, que por su porte y su traje revelaba no pertenecer á la clase del soldado que acababa de morir, se apoderó de su fusil y se plantó sereno en el sitio que había dejado vacío, esperando con sublime valor á los que se acercaban.

Varios tiros salen de los que se acer-

can, uno penetra en la cabeza del noble Intendente Riaño, cuyo cuarto de centinela había durado sólo dos segundos.

Un grito de horror y sentimiento lanzó el desdichado anciano, testigo de la muerte de su mejor amigo.

Al anochecer, la Alhóndiga de Granaditas presentaba un aspecto espantador y terrible: cerca de mil cadáveres de ambas partes se hallaban esparcidos en los diversos salones y galerías; sus rostros pintaban aún los sentimientos que les habían agitado al morir; algunos presentaban las facciones crispadas por el furor; la sonrisa de la venganza satisfecha se dibujaba en los labios de otros; muchos rostros representaban un aire de súplica, que de nada había valido; no pocos la desesperación de morir cuando aun la vida les era tan querida.

Pedazos de armas de todas clases; puñales clavados en el pecho de las víctimas; vestidos desgarrados; hombres horriblemente mutilados, pidiendo socorro por un último aliento de vida, ó guardando silencio por un último aliento de terror y de instintos de conservación; combatientes todavía enlazados, que se habían muerto mutuamente; frascos de azogue; algunas barras de plata; hé aquí el estado que indicaba el terrible paso de las pasiones fermentadas del hombre.



La ciudad de Guanajuato presentaba un aspecto no menos espantoso: en lontananza se oían algunos tiros que indicaban que la matanza aun no había cesado, gritos de furor y gemidos de súplica: segunda parte, en fin, de las escenas de la tarde, á pesar de los esfuerzos y vigilancia de un joven que corría sin temor por todas las calles, tratando de acuartelar á los soldados, ebrios por el vino y el triunfo que acababan de conseguir.

Era Gil Gómez.



## CAPITULO XVII

DOÑA REGINA DE SAN VÍCTOR.

Dejemos á Hidalgo marchar sobre Valladolid, después de haber permanecido algunos días en Guanajuato, y trasladémonos á una casa de la sumtuosa y sombría calle de las Capuchinas en México.

Serían las cuatro de la tarde cuando un magnífico carruaje, que hacía consistir todo su lujo en un sobrecargo de adornos de plata, según el gusto de la época, se detuvo en el número 5. El lacayo, vestido con una librea color azul, con galones amarillos, se apresuró á abrir la portezuela, quitándose respetuosamente el sombrero, después de haber